

ADMINISTRACION GENERAL.
CALLE DE BUENOS-AIRES N.º 205.
Este diario se publica por la imprenta de S. NOMBRE, establecida en la calle de Buenos Aires número 205. La suscripción DOS DÍAS en la Unión. La suscripción se PAGA ADE-
VANTADA en ambas partes.

EL ORDEN.

ÓRGANO DEL PARTIDO CONSERVADOR.

AGENCIAS DE ESTE DIARIO.

Se reciben suscripciones en su administra-
ción, en la Librería Nueva calle de 75 de mayo
n.º 202, y en la Librería Argentina del Sr.
Barra calle de las Cámaras n.º 92. Los avi-
sos solo se reciben en su oficina calle de Buenos
Aires n.º 205.

ULTIMAS FECHAS.

OMNIBUS DE LA UNION.

CORREOS Y DILIGENCIAS PARA EL INTERIOR.

ALMANAQUE.

EFEEMÉR. Y ANIVERSARIOS.

EUROPA.

24 Setiembre.
22 Oct.
14.
22.
29.
2 Octub.
29.
2 Setiembre.

AMÉRICA.

Nueva York. 10 Set.
Baltimore. 8 id.
Boston. 8 id.
Buenos Aires. 15 agosto.
Valparaíso. 12 Set.
Rio Janeiro. 27 octub.
Rio Grande. 3 id.
Buenos Aires. 3 nov.

PUBLICACIONES SOLICITADAS.

Se. Redactor de El Orden.

Con gran disgusto acabo de leer un folleto de la conducta y capacidad profesional del Dr. D. Fernando Cruz Cordero, escrito en esta ciudad y publicado en la de Buenos Aires por el Dr. D. Miguel Navarro y Viola por la imprenta de Mayo.

Con disgusto he dicho de propósito, porque, con ambos contrincantes, conservo la mejor armonía y relaciones de amistad; y, aunque son mas antiguas y estrechas las que mantengo con el Dr. Cordero, también es cierto que algun beneficio he recibido de parte del Dr. Navarro en mi larga peregrinación en Buenos Aires y esto entra en la balanza de tales relaciones.

Es disgusto, Sr. Redactor, lo hubiese manifestado yo privadamente a ambos amigos o lo hubiese ahogado en mi corazón bajo el mas profundo silencio, si públicamente no se hubiese hecho una exagerada, aunque honrosa y expresa mención de mi persona en el referido folleto, en el cual, a la página 10, encomia inmerecidamente al Dr. Navarro, mi capacidad e instrucción forense, al paso que niega y deprime las del Dr. Cordero, encumbrándolo, contraponiéndolo y haciéndolo superar esesivamente a las de este señor, y es aquí el caso que yo me veo en la imprescindible necesidad de dar explicaciones que destruyan equívocos y esclarezcan la verdad de las cosas, indicando al Dr. Cordero y colocándolo en el verdadero punto de vista que, de justicia se merece. Compromiso terrible para mí es este de tener que defender a un amigo contra otro amigo o guardar silencio, usurpando fácilmente un lauro que jamás he alcanzado.

Si me impugnan tal vez parecerá débil al uno y chocante al otro.

Si me quedaré con los dos amigos, con uno o con ninguno!

Si también iré yo por lana y saldará trasquilado, valiéndome del título del folleto.

Pero el público está por delante, y él será el juez.

Algo debo a él, algo a mis amigos y algo a mí mismo.

Entremos, pues, en materia y desde ahora pido anticipadamente paciencia y perdón.

Perdon si alguna ofensa se me desliza de la pluma.

A imitación de los Espartanos, que, al paso que eran tan famosos por su valor, pedían en sus súplicas a los Dioses fortaleza para soportar las injurias, así espero de quien corresponda me perdone de cualquiera que involuntariamente pueda envolver en este artículo.

Paciencia también pido, pues ella es la madre de la indulgencia.

El Dr. Navarro, dice en la página citada como sigue:—

«Así, pues: llenando los trámites legales [el Dr. Cordero]; ganando los asuntos que era imposible perder, y perdiendo probablemente los que eran discutibles, los que querían algun rastro de inteligencia de parte del abogado, Vd. [Dr. Cordero] mantuvo su fábrica de escritos, la que solo tuvo una larga época científica, y fué la en que lo re-
presentaba el Sr. D. Antonio Teodoro Domínguez con la firma de Vd., única cosa en que él es inferior a Vd., en no llamarse Doctor, apes-
sur de no querer Vd. confesar que es, él, incomparablemente superior a Vd., en capacidad y en instruc-
ción.»

He aquí el párrafo a que me refie-
ro.

Yo, por una parte, agradezco in-
finitamente al Dr. Navarro y Viola, el
juicio, altamente favorable, que se ha
formado acerca de mi capacidad e
instrucción; pero siempre deploraré

que erróneamente las haya puesto en
una escala superior a las del Dr. Cor-
dero y que le haya servido de ocasión
la polémica que, sobre este señor, ha
emprendido, perteneciéndola, ade-
mas, a un orden privado, motivopor
el cual ha debido retraerla de la vis-
ta y conocimiento del público.

Me es muy repugnante, que, con
depresión de otro individuo, se me
eleve o ensalce; pues esto no fuera
permitido ni aun en los certámenes
literarios o jurídicos, y mucho menos
cuando en ello se comete un error
de exageración y se pone, así, un
triste pedestal que deslora al mismo
a quien se eleva y lo admira.

Solo el extravío de una pasión fo-
gosa en la edad novel del Dr. Navar-
ro y Viola, el aguijón de recuerdos
que son del dominio de la historia y
que han de haberle afectado e impul-
sado agudamente, y la indulgencia
del público que debe considerar que
antes somos hombres que filósofos,
pueden justificarlo de los punzantes,
extremados y hasta crueles medios
que ha empleado en su obrilla en
una polémica bien personalísima,
impertinente y frívola ciertamente:
polémica, que, de rechazo y en últi-
mo resultado, solo sirve, su estilo
joco-serio denigrativo y lo ingenioso
de las sátiras y sarcasmos que emite,
para exaltar la risa, diversion y placer
de la ociosidad maligna que siempre
se saborea y complace en la humilia-
ción de sus semejantes, y producir un
ago a la dignidad, nobleza y brillo
de la ilustre profesión de abogado;
del abogado que desempeña en el fo-
rola difícil misión social de manejar
el escudo de la jurisprudencia, colo-
cándose, cual benéfico filósofo, entre
las pasiones enconadas del litigante
y los avances y despotismo que pu-
diera desarrollar el Juez: del aboga-
do, que, en esta cátedra divina, se
adestra también a manejar sus pro-
pias pasiones, estudiando, bien de
cerca, el corazón del hombre.

No obstante, puede agradecerse al
Dr. Navarro, que, en gran parte, ha
dejado ileso la dignidad profesional;
porque su escrito, en la forma que lo
ha publicado, no es fácil circule en
escala mayor en el interior y ester-
ior del País donde ha visto la luz
pública, y porque él es de una exten-
sion, tal, que la generalidad del pue-
blo y la peregrina multitud, no lo ha
de leer.

Aunque mi capacidad intelectual
y jurisperita no alcanza o no tiene
jurisdicción competente para poder
juzgar de la del Dr. Cordero, que
tanto la mengua el Dr. Navarro, no
obstante manifestaré la verdad y emi-
tiré mi humilde opinión, tanto acer-
ca de ella, como de su conducta co-
mo abogado, de la cual he sido tes-
tigo ocular en mas de cuatro años
que frecuenté su estudio.

Necesario me es analizar por par-
tes el compendio trozo que he
transcripto, en lo que a mí concier-
ne con relacion al Dr. Cordero. Ex-
tractaré, como mejor método y para
no ser muy pesado y difuso, los con-
ceptos que contiene ese trozo.

Dice que el Dr. Cordero no hacia
mas que llenar trámites y ganar
asuntos que era imposible perder, y
como suele decirse, de aquellos que
se defienden y se recomiendan por sí
solos al ánimo del Juez.

Esta es una falsedad muy desme-
dida.

El Dr. Cordero ha ganado asuntos,
no imposibles de perder, sino imposi-
bles de ganar. Si yo obtuviese ahora
el catalogo de ellos que consta en su
bufete podría mencionar uno por
uno, y no habría mas que concurrir
a las oficinas respectivas y ver si es
cierto lo que asevero.

Que perdía probablemente (continúa
el Dr. Navarro) «los que eran discuti-
bles, los que requerían algun rastro
de inteligencia de parte del abogado.»

Muy al contrario, señor.

El Dr. Cordero, sin cooperación

alguna de mi parte, ha ganado asun-
tos de larga discusión que requerían
estensos conocimientos jurídicos. Me
refiero también a las constancias
de su bufete, y ahora recuerdo dos,
uno de D. Enrique O'Gorman en el
que defendió y ganó un punto de de-
recho bien difícil, acerca del cual los
mismos intérpretes jurisperitos es-
tán divididos, y que no es fácil atinar
cual de sus opiniones es la mas re-
glada a la ley sino mediante una fuer-
te lógica jurídica y un buen discerni-
miento. El otro, que también ganó a
favor de la Sociedad de Maggiolo y
Migoni contra D. Santiago Dasso, en
que se versaba un punto difícil de Ju-
risprudencia mercantil, no solo de-
mostró ciencia el Dr. Cordero, sino
una actividad admirable a la mane-
ra de un fluido eléctrico, ganando
momentos a los momentos y tiempo
al tiempo, que no dan lugar a medi-
tar ni consultar. Esto solo prueba su
habilidad práctica que yo mismo me
admiraba, y, sin lisonja, se lo mani-
festaba yo considerándolo como un
maduro abogado muy adiestrado en
los litijos y en la táctica del foro, y
que adivinaba, puedo decirlo así, los
manejos, las intrigas, las estrategias
y las astucias que pudiera emplear el
contrario para desbaratar su plan de
defensa, cruzándolas y ahogándolas
en su cuna como quien aprecia debi-
damente aquel proverbio que, *la oportu-
nidad una vez perdida, no puede ser
rescatada.*

A bien que el mismo Dr. Navarro
y Viola no afirma con confianza su
asercion sobre eso de perder asuntos
como lo demuestra el adverbio *proba-
blemente* de que hace uso en el pe-
rrolo de que me ocupo; pues ese ad-
verbio, así empleado, implica duda.
Que el estudio del Dr. Cordero
(prosigue el Dr. Navarro) tuvo una
larga época científica y fué la en que
lo representaba el Sr. Dr. Antonio Teo-
doro Domínguez (ego.)
Yo jamás he representado el estudio
del Dr. Cordero: yo allí tenía, es
verdad, la dirección, con entera in-
dependencia, de los asuntos pro-
venientes de mis relaciones y amista-
des y desempeñaba otros en sociedad
particular o accidental con el Dr.
Cordero, de los que entraban al es-
tudio por sus relaciones y crédito
profesional que cada día iba adqui-
riendo proporciones colosales: cré-
dito obtenido por sus propios esfuer-
zos y trabajos jurídicos que, en su
mayor parte, laboraba, con entera
independencia y sin consulta mia, y,
en tanto, esto era así, o que yo no
representaba el estudio, que, mis escri-
tos, los sometía a su examen, para
ser firmados por él, ya en borrado-
res ya puestos en limpio, y en todos
ellos reguía yo sus dictámenes: ello
es que, la consecuencia natural que
sacaban sus clientes, de tal subordi-
nación, era reputarme a mí por un
simple pendolista.

Aparte de todo esto, también es
verdad, que, como en los ratos de
holganza, no habíamos de estar mu-
dos u ocupados de frivolidades, y
como yo, cuando ingresé a su estudio
llevaba, ya siete años de leyes; esto
es, tres de teoría en el aula de Juris-
prudencia que se estableció en esta
ciudad antes de la universidad, y
cuatro años de práctica en el acreditado
bufete del Dr. Pereyra y como
no estudié para ser asno, el Dr. Cor-
dero, inspirado de confianza, confe-
renciaba con migo, acerca de puntos
dudosos o controvertibles de derecho
de los mismos asuntos que entraban
a su estudio.

Esta es la verdad mas para que un
crisol. Yo rechazo todo aquello que
me den sin merecerlo; pero si, soy
muy celoso de que, sino me dan, no
me quiten o rebajen aquello que de
justicia se me deba y me ha costado
mi estudiosidad, mis fatigas y hasta
mis privaciones.

Vd., Dr. Navarro, habrí penetra-
do como generalmente penetra el buen

sentido popular; pero se ha excedido
acerca de la estension de mi capaci-
dad e instrucción en el favorable ju-
icio que de ellas ha emitido, y mucho
mas haciéndolas superar a las del Dr.
Cordero.

Así, pues, eso de científico es muy
elevado, muy poético, y nadie lo ha
de creer; porque ¿cual será el abo-
gado americano que pueda jactarse
de ser científico en jurisprudencia sin
incurrir en una chocante petulancia
y pedantería? Eso de científico, Dr.
Navarro, solo puede tomarse, buena-
mente, como una figura retórica que
esprese la idea de un simulacro o si-
mil de ciencia.

Aun tomada así es, para mí, una
corona muy brillante y pesada que
ni cabeza no puede soportar ni me-
rece. Ella ha podido emanar sola-
mente de su jenerosidad, de su amis-
tad y de las simpatías que yo haya
podido arrancar a su corazón dema-
siado sensible a la desgracia de un
emigrado Oriental, que, como yo,
basaba en Buenos-Ayres el pan para
mis hijos, ejerciendo allí, sin descen-
der a una escala inferior, la abogacia,
por mas de diez años con mis estu-
dios aun verdes, como abogado judío
o no bautizado en una Universidad o
academia, cuyo privilegio *exclusivo*
existe por equivocación en medio de
una República democrática y no per-
mito encaminarse al empirismo de la
ciencia jurisperita sino por un único
y estrecho callejón en abierta oposi-
cion a los mas santos principios re-
publicanos; esto es, al libre uso
de la propiedad intelectual nivela-
da, en todas las constituciones li-
bres, a la propiedad de la ma-
teria bruta para el ejercicio de ciertas
funciones: a la libre enseñanza y
el libre estudio, dejándolo todo a la
libre concurrencia y competencia, a
los esfuerzos del interés individual,
que, cuando se le deja obrar, produ-
ce lo mas acabado y perfecto. En una
palabra violándose aquel principio
económico, «*dejar hacer*» consigna-
do circunstanciadamente en el artí-
culo 146 de nuestra carta magna
Constitucional; y, como dice un es-
critor, que, en las aulas, no se apre-
nden mas que los primeros rudimen-
tos; pero, que, de los gabinetes o re-
tretes, salen los grandes hombres.
Sea dicho esto para los hombres
grandes que, bajo el sistema de liber-
tad, podría producir la República,
asi como la antigua Roma produjo a
un Ciceron y un Hipócrates que no
conocieron universidades ni acadé-
mias, que fueron fundadas, despues,
en todo el Orbe cristiano, por los an-
tiguos Papas con el principal objeto
de estudiar teología, que hoy no hay
quien la estudie, y, como dice Gui-
zot, era entonces la teología, el espí-
ritu, la sangre que circulaba y te-
nían avasallada las ciencias natura-
les y a los mejores talentos, hasta
que Bacon y Descartes lanzaron el
grito de emancipación que se radujo
a hecho. Y no obstante, ese *exclusi-
vismo* universitario académico, ese sa-
cramento de la inteligencia humana,
ese despotismo que se ha arrogado el
poder exclusivo de comunicar el sa-
ber, cual virtud mágica, sine qua non,
existe aun en las Repúblicas Ameri-
canas menos en la de la Nueva Gra-
nada que lo abolió como incompati-
ble con su nuevo ser político, gran-
jeándose así un inmenso prestigio, un
gran poder popular y una incredi-
ble gloria en el órden literario alzan-
do en alto la preciosa libertad intel-
lectual de la juventud granadina,
siendo ella la primera que rompió
las cadenas que despopularizaban las
ciencias y establecían la perniciosa
unidad de sistema y el mezquino flu-
jo reglamentario: libertad aquella que
ha dado acceso y expansion a todos
los talentos, a todas las capacidades
que diseminadas se hallan en una
basta sociedad, y que siempre les ha
pertenecido el derecho de gozar de
tan alto beneficio en una República

democrática que tiene un positivo in-
terés en popularizar las ciencias y las
luces, desde la humilde choza del po-
bre a la potente habitación del rico: de-
recho usurpado desde los tiempos de
los Reyes absolutos y los Papas de la
antigüedad: libertad, repito, que ha
abierto, de par en par, el templo de
la alta ilustración a la hermosa ju-
ventud granadina; de la juventud
que, como la de todas las naciones,
se le encuentra constantemente dis-
puesta a sacrificarse por su patria y
a lanzar rasgos jenerosos y virtudes
bélicas.

Gloria a la República de la Nueva
Granada, la primera en alcanzar tan
magnífica gloria, como la que adqui-
rió la heroica Buenos-Ayres en el
año 10. Si esta destruyó entonces las
cadenas materiales, que unidos nos
tenían a los Reyes absolutos de Es-
paña, la Nueva Granada ha hecho
minangos las cadenas intelectuales,
la unidad fia el sistema reglamentario,
con toda su centralización y privile-
gios exclusivos del vetusto estableci-
miento universitario, ¡Cuanto pose-
eremos nosotros otro Bacon o Des-
cartes Oriental....!

Vd. Dr. Navarro, columbrando
ciencia en mí, suponiéndome, con
notable aberración, incomparable-
mente superior al Dr. Cordero en
capacidad e instrucción, no encuen-
tra otra diferencia que la de no po-
seer una patente de Doctor que así
me lo declare.

En cuanto a este conpunto que vd.
me honra, direle señor: Que el pue-
blo, que algo vale en el régimen re-
publicano, que es esencialmente so-
berano, rechaza implícitamente y sa-
biendas el despotismo de esa pa-
tente, que, de tan añeja, se ha hecho
ridícula; y, en posesion de la prueba
experimental de mis cortas luces en
el desempeño de cierto jénero de
causas, me regala, continua y expon-
taneamente ese título pareciéndole
que me pega bien y que soy digno de
él; Qué dulce es un título lanzado
con toda espontaneidad y emanado
de una fuente tan pura, libre y so-
berana....! Parece que, él, envolvie-
ra una protesta contra el académico
y privilegiado....! Yo no exijo ese tí-
tulo popular, ni lo rehuso. No lo exi-
jo; porque no tengo una patente uni-
versitaria, y no lo rehuso porque me
parece desarairar la voluntad popu-
lar y despreciar sus deferencias y
simpatías, que, como entusiasta y de-
cidido republicano, respeto mas que
todo cuanto existe sobre la tierra,
después de mis padres. Tampoco des-
precio el dictado de «compañero»
que muchos liberales abogados me
dan, no obstante de que yo mismo en
retribución, hago mi propia crítica
denominándome «compañero judío
o no bautizado.»

No es esto dar contra la existencia
o erección de los establecimientos
académicos sino contra su *exclusivis-
mo* reglamentario que pone trabas y
coarta el desarrollo de la inteligencia
humana, que no permite ni concede
sino una sola prueba literal; esto es,
la patente, sin cuyo requisito trndrá
vd. legalmente el anatema de igno-
rante por mas que haya estudiado en
su obscuro retrete, consultando su
libertad, sus quehaceres y comodidad,
cuando, a parte de esto, las leyes le
franquean a vd. seis medios de prue-
ba para salvar toda su fortuna, hon-
nor y vida o desposeer a otro de tan
apreciables dones, y cuando bajo el
régimen de libertad intelectual, se
estudiaría mejor, habría mejores es-
tablecimientos científicos, por que no
hay mejor crisol que la guerra, natu-
ral y justa, de la competencia, y to-
mar, si quiere, esa patente, sin que
ella sea única prueba del saber, lle-
nando las prescripciones que para ta-
les casos se exijan, como se hace en
la Nueva Granada, y probar así sus
estudios en el extranjero o conser-
varla como un honor y recuerdo pa-
ra sus hijos.

271.

del 13
pasó
orena fi
a 18 pe-
s, som-
radura
20 pe-
tículos
o.

de la
D. An-
udicial-
ciente á
Colon
ue está
ada leg-
puedo

Antonia
ya, da
español
de es-
querra,

EN-
na pro-
24 len-
Sarandi
10-3p.

menta-
razon.

callo
anto da
dinc-
gène-
us, sa-
ra bai.
hualea
nantes,
metallif
metallar
venta-

stara
unto 53
—
al di

lo ha-

mini,
erto.

indis-
nta de

no del
ludico
jas de
rama,
vina-
de vi-
no ca-
ros da

crema-
Man-
a ar-

— 222 —

erzan-
 ista,
 y
 mae
 l cor-
 my
 ENA
 Este
 elax-
 antes
 Ca-

